
UNA PARADOJA FILOSÓFICA:
LA LABOR DEL OCIO
Y LA UTILIDAD DE LO INÚTIL...

MAURO CASTELO BRANCO DE MOURA¹

Hay un conocido adagio italiano que define la filosofía, en forma graciosa, de la siguiente manera: “È una scienza colla quale o senza la quale il mondo diventa tale e quale”. La sentencia humorística no debe merecer desprecio, pues la ironía y la paradoja se mezclan tan profundamente en el discurso filosófico, desde sus orígenes, que se han tornado de él indisolubles. Todo el mundo desconfía de la filosofía y, sobre todo, de sus practicantes, que hacen algo medio raro. La moraleja comprendida en la expresión anterior corrobora, además, la suspicacia de la *vox populi*. Sin embargo, no pasa de un mezquino prejuicio moderno suponer que todo debe tener algún fundamento inmediatamente utilitario. Por lo contrario, la filosofía, heredera directa de la *skholé* (de donde la palabra escuela y sus sucedáneos en las otras lenguas neolatinas) de los antiguos helénicos y de su congénere, el *otium* de los romanos, no tiene una historia constitutivamente impregnada de utilidad (como el término latino ya deja trasparecer), aunque tampoco carga el estigma que recae sobre el ocio moderno.

Asociado a la pereza en la Modernidad y, con ella cargado de una condena, en el fondo religiosa (principalmente después del advenimiento de la Reforma —aunque tenga precursores tan ilustres como Hesíodo en la Antigüedad), contra aquellos que no buscasen, con el sudor de su frente, diligentemente, la remisión del pecado, el ocio quedó semánticamente mutilado con relación a su etimología, perdiendo un conjunto de significados que denotaban aspectos positivos, compartidos por el *otium* (y la *skholé*) y que comprendían la calma, la tranquilidad, la paz, la felicidad, además del tiempo consagrado a los estudios. Literalmente, desde esta perspectiva, los estudiosos, los profesores, los investigadores, son, en su acepción latina original, “ociosos”, en cuanto cultivadores del *otium*. En un mundo agobiado por el estrés es casi un crimen nefando siquiera imaginarse un contexto social en donde el frenesí del productivismo no dicte las reglas. Sin embargo, la filosofía siempre se ha nutrido del ocio, aunque desembarazado de su maldición burguesa, sin el recargo de oprobio que en la Modernidad le viene emparejado.

Departamento de Filosofía, Universidad Federal de Bahía, Brasil. / mcbmoura@ufba.br

El amor a la sabiduría, que define al filosofar, no solamente es hijo del ocio; nace, además, como una actividad lúdica, no por eso superflua. Para Giorgio Colli, "La dialéctica nace en terreno agonal [...], el enigma aparece como el trasfondo tenebroso, la matriz de la dialéctica ²". Descifrar enigmas, sacar a la luz lo oscuro, revelar lo que está escondido, parecen ser algunas de las primeras misiones del filosofar. Preguntar por los orígenes, por la *arché*, ha configurado su repertorio temático inicial desde los primeros filósofos. No obstante, lo lúdico, según Johan Huizinga ³, es más viejo que la cultura y el *logos*, pues le antecede.

A partir de esta perspectiva, por lo tanto, se puede, de modo consecuente, pensar el *ludus* sin *logos*, pero no al revés. Y esto es así porque "La cultura no comienza como juego ni se origina del juego, sino que es, más bien, juego. El fundamento antitético y agonal de la cultura se nos ofrece ya en el juego, que es más viejo que la cultura ⁴".

Sería conveniente señalar que el *ludus* latino comprende un conjunto de acepciones mucho más amplio que el del "juego" en español y que la gama de sus significados está mucho más cercana de la palabra inglesa *play*, de la francesa *jeu* o de la alemana *Spiel*, abarcando competiciones, divertimientos, representaciones teatrales, etcétera, y, en su forma verbal, el acto de tocar instrumentos musicales. En este sentido, se podría añadir que el filosofar, en cuanto actividad lúdica, aunque comprenda a lo agónico, a ello no se restringe, porque puede abarcar, entre otras cosas, al deleite placentero. Cuando se desembaraza al *otium* de su maldición puritana y burguesa se hace mucho más fácil vislumbrar el verdadero carácter del filosofar. En este contexto, el ocio puede no venir cargado de vergüenza, de la misma forma en que lo lúdico puede configurar, también, una actividad tan profunda y vital como la del amor, por ejemplo, cuando practicado sin los auspicios beatíficos de la culpa cristiana, es convertido, simultáneamente, en algo incomparablemente gratificante y vital. *Mutatis mutandis*, del amor a la sabiduría, o sea de la filosofía, lo mismo se podría decir.

Además, algo tan profundo como lo lúdico no se puede dejar confundir con lo superfluo, lo que no significa tacharlo de útil. La vida en cuanto tal rebasa, en mucho, cualquier mezquina reducción a la prosaica utilidad. Las contiendas verbales que dieron origen a la dialéctica eran, a un tiempo, lúdicas y vitales, pero algo siniestro parece que las encubre con las pesadas brumas de un tiempo demasiado lejano. Es por ello que, aunque pueda parecer repugnante admitirlo abiertamente, la vida, en cuanto tal (o sea, aquello que define ontológicamente al ser orgánico), es ineludiblemente violenta, incluso porque ella misma depende de la muerte ⁵, aunque obviamente, sin conciencia moral de ello (no está, pues, ni más allá ni más acá del bien o del mal). Quizá por eso Eric Weil sostenga la idea de que la filosofía es el verdadero sucedáneo de la violencia constitutiva de la propia

vida. Según este autor: “La razón es una posibilidad del hombre: posibilidad que designa lo que el hombre puede y el hombre, ciertamente, puede ser razonable, al menos quiere ser razonable. Pero no es más que una posibilidad, no es una necesidad y es esta la posibilidad de un ser que posee al menos otra posibilidad. Nosotros sabemos que esta otra posibilidad es la violencia. [...] El resultado paradójico es pues que la violencia no tiene más *sentido* que por la filosofía, la cual es la recusación de la violencia. [...] La no-violencia es el punto de partida y de llegada de la filosofía ⁶”.

Mientras los hombres discuten no se matan; sólo lo hacen, precisamente, cuando cesa el diálogo, pues el enfrentamiento de razones y de argumentos suspende, aunque provisionalmente, el empleo elemental y directo de la fuerza. Aquí valdría recordar a Clausewitz cuando sostenía que “la guerra es un acto de violencia ⁷”, puesto que tiende a la aniquilación de una de las partes, siempre que no retorne al cauce originario de la política; pero es, a la vez, razonable, en tanto que no es otra cosa que una continuación de la política por otros medios, y siempre puede volver (lo que no quiere decir que lo haga), por esto mismo, a este ámbito (el de la política). La relación entre filosofía y violencia es del mismo orden. En cuanto operan los argumentos, la violencia queda entredicha y no se manifiesta abiertamente. Así, acerca de las preguntas planteadas en el foro de *Ludus Vitalis*, desde el punto de vista de la labor filosófica y de su enseñanza, situaciones con las cuales estoy involucrado, podría simplemente acotar que el célebre adagio “*primum vivere, deinde philosophari*” propone una disyuntiva inconsistente, puesto que vivir y filosofar (no necesariamente en este orden), si queremos continuar existiendo como humanos (aún más en un marco histórico en el que disponemos de los medios para la autodestrucción) son concomitantes y, sobre todo, complementarios.

NOTAS

- 1 Profesor del Departamento de Filosofía de la Universidad Federal de Bahía, Brasil. Autor de *Os Mercadores, o Templo e a Filosofia: Marx e a Religiosidade*, Porto Alegre, Editora da Pontifícia Universidade Católica do Rio Grande do Sul (Edipucrs), 2004.
- 2 Colli, Giorgio, *O Nascimento da Filosofia*, Trad. Carotti, Frederico, Campinas, Unicamp, 1992, pp. 63-66.
- 3 Johan Huizinga inicia su famoso libro con la siguiente afirmación: “El juego es más viejo que la cultura; pues, por mucho que estrechemos el concepto de ésta, presupone siempre una sociedad humana, y los animales no han esperado a que el hombre les enseñara a jugar” (Huizinga, Johan, *Homo Ludens*, Trad. Imaz, Eugenio, Madrid-Buenos Aires, Alianza-Emecé, 1972, p. 11).
- 4 *Ibidem*, p. 94.
- 5 En principio, todos los seres vivos que no hacen fotosíntesis necesitan o matar para comer, o aprovecharse de la muerte ajena. Esto vale, en general, para los animales e, incluso, para algunos vegetales. Ello difícilmente se puede obtener con el asentimiento, o sea sin la oposición y la resistencia, de las víctimas...
- 6 Weil, Eric, *La logique de la philosophie*, París, Vrin, 1985, pp. 57-59.
- 7 Von Clausewitz, Carl, *De la guerra*, Barcelona, Labor, 1976, p. 62.